

convencido de que su hijo debe estudiar medicina, le ordena acabar con aquello. Ignacio obedece, pero pergeña un plan sorprendente: continuar su incipiente carrera taurina en México.

Y así lo hace en 1908, acompañado por su amigo Enrique Ortega *El Cuco*, primo de los *Gallos* y que más tarde sería también torero y cuñado de Ignacio y de *Joselito*. Embarcan como polizones en el transatlántico “Manuel Calvo”. Descubiertos a mitad de viaje consiguen, a cambio de ciertos servicios, llegar hasta Nueva York. Una vez allí son reclamados por un hermano de Ignacio, Aurelio, que vive en México. Los dos polizones son reembarcados hacia Veracruz. Allí comienza a trabajar como mozo de cuadra hasta que, en 1910, es contratado como banderillero por Ramón López, empresario de la plaza de Morelia, que antes había sido peón de Mazzantini. Al año siguiente actuó como novillero y se incorporó a la cuadrilla de Fermín Muñoz, *Corchaíto*, con quien regresó a España. Pasó luego a las de *Machaquito* y *Cocherito de Bilbao*, destacando ya su nombre como distinguido peón.

El 7 de septiembre de 1913 se presentó como novillero en Madrid. Y al año siguiente en Sevilla, donde sufre una grave cogida al entrar a matar. La cornada le hace volver a actuar como banderillero, ahora a las órdenes de Belmonte y Rafael *El Gallo*. Comienza entonces a cortejar a la hermana de éste, Lola, con quien se casa el 27 de diciembre de 1915. Ya cuñado de *Joselito*, se incorpora a su cuadrilla como banderillero durante las temporadas de 1916, 1917 y 1918.

Al concluir esta última Ignacio se siente seguro para tomar la alternativa. El doctorado tuvo lugar el 16 de marzo de 1919 en Barcelona, de manos de su cuñado *Joselito* y con Belmonte como testigo, los toros de Vicente Martínez. Al año siguiente la confirma en Madrid, el 5 de abril, y unos días después, el 16 de mayo, alterna con su cuñado en Talavera cuando tiene lugar la trágica cogida y muerte de *Joselito*. Él mismo tiene que matar a *Bailaor*, el toro que ha acabado con la vida de quien fuera su amigo, maestro, ídolo y cuñado.

Con el corazón roto por la enorme pérdida, debe continuar la temporada, en la que torea noventa tardes. Concluida la misma decide marchar a Méjico. Antes de embarcar tomó posesión de la presidencia de la “Sociedad de matadores”. Con tal motivo, decidió obsequiar a sus compañeros con un banquete, en el cual emitió duras opiniones con respecto a ciertos sectores de la prensa profesional, lo que le granjeó duras enemistades.

En Méjico toreó 18 tardes y cosechó importantes éxito. Pero la prensa y la afición le fueron mayoritariamente hostiles, porque se enfrentó al que en aquel momento era su ídolo: Rodolfo Gaona. Muy ilustrativa al respecto es la siguiente anécdota, acaecida en los primeros días de diciembre 1920, es decir, nada más llegar Ignacio a la capital federal. Al parecer, allí Gaona se vanagloriaba de haber “podido” con *Joselito*. Pues bien, en la sobremesa de una comida organizada en su honor por la colonia española, se trató el tema de la rivalidad entre ambos, y un periodista le planteó la siguiente pregunta: “¿Quién es mejor, Ignacio: *Joselito* o Rodolfo Gaona?”. A lo que él respondió: “Yo sólo puedo decir una cosa: yo soy mejor que Gaona y no llegué más que a banderillero de José”. Los periódicos aztecas dieron singular relieve a esta respuesta y ello acentuó la competencia entre ambos toreros hasta límites casi trágicos.

La temporada de 1921 fue breve pero brillante. Toreó 41 corridas y obtuvo rotundos éxitos como el del 26 de septiembre en Madrid, en una corrida “patriótica” organizada a beneficio de los heridos hospitalizados víctimas de la guerra de Marruecos. En el cartel figuraban también *el Gallo*, Belmonte, La Rosa y Granero. El público madrileño, pese a estar contrariado con Ignacio por su incomparecencia ese año, se le entregó sin reservas. Cortó una oreja a un toro de Natera y acabó con las murmuraciones.

Regresó a Méjico, donde permaneció hasta el verano de 1922. Comenzó, pues, tarde la temporada española que, sin embargo, fue la mejor de su carreta taurina. Su biógrafo Federico Alcázar escribió: “*Cada corrida es un triunfo rotundo y creciente. Su personalidad se ha definido y afirmado de una manera total. Este puede decirse que ha sido el año de su verdadero apogeo*”. Sin duda, su gesto más espectacular fue torear siete tardes seguidas en la feria de San Jaime de Valencia, superando la marca del recientemente fallecido Granero, que la temporada anterior había hecho el paseíllo en seis ocasiones.

Pero, inesperadamente, a finales de esa temporada decide retirarse. El 22 de octubre se despide lidiando siete toros en Ávila.

Vuelve a los ruedos a mediados de 1924, el 29 de junio en Alicante, convertido ya en máxima figura. Y, en el invierno de aquel año, se perfila como uno de los mayores atractivos de la futura temporada².

² La mayor parte de los datos biográficos apuntados hasta aquí proceden de la ya citada biografía de Antonio GARCÍA-RAMOS y Francisco NARBONA, *Ignacio Sánchez Mejías*, esp. págs. 31-101.

2. La temporada de 1925

La temporada de 1925 resultó muy interesante por distintos aspectos. En primer lugar, la prensa taurina destacó un dato irrefutable y es que aumentó el número de festejos a 321, es decir, hubo 73 corridas más que en la temporada anterior. Pero es que, además, los aficionados pudieron disfrutar de actuaciones memorables. Entre los 59 matadores que intervinieron en esos festejos, *Uno al sesgo* y *Don Ventura* en su *Resumen crítico-estadístico de la temporada* destacan, por una lado, la nueva y prometedora pareja formada por Manuel Baez *Litri* y Cayetano Ordóñez, *Niño de la Palma*, que aportó a la fiesta la siempre necesaria savia nueva; y, por otra parte, un plantel de seis figuras consagradas que elevaron el espectáculo a su máximo grado de esplendor. Fueron éstas: Juan Belmonte que reapareció y, aunque toreó poco, demostró su enorme importancia artística; *Chicuelo*, que ejecutó algunas faenas de incomparable belleza; Marcial Lalanda, que reafirmó su condición de figura, no sólo por la cantidad sino también por la calidad de su arte y por sus vastos conocimientos; Antonio Márquez, que robusteció su personalidad quedando en óptima situación para el año siguiente; Nicanor Villalta, que obtuvo grandes éxitos, especialmente en las corridas del Pilar; y Sánchez Mejías que ofreció, en una campaña intensa, las características inconfundibles de su arte, engendrador de esos apasionamientos tan necesarios a la fiesta³.

2.1. Incidente en la Maestranza

En efecto, la temporada fue especialmente intensa para Sánchez Mejías. Comenzó inesperadamente, el 21 de abril, en Sevilla. Ese día toreaban ocho toros de Santa Coloma La Rosa, *Chicuelo*, Martín Agüero y *Litri*. Antonio Reyes, *Don Criterio*, que era el cronista del diario sevillano *El Liberal*, resumió así la corrida:

“Los toros del Conde estuvieron muy bien presentados, y fueron bravos. El lidiado en último lugar fue un gran toro, por su bravura y nobleza.

La Rosa tuvo una actuación bastante mediana, destacándose sólo en un magnífico quite que ejecutó en el último de los de Santo Coloma.

Chicuelo estuvo muy mal en el tercero, pero en el sexto realizó una excelente faena de torero y artista, destacándose de ella tres pases naturales, dos de ellos monumentales.

Martín Agüero tuvo un gran éxito como matador. En sus dos bichos practicó muy bien la suerte de matar, y en los dos, dio la vuelta al ruedo con petición de oreja.

³ *Toros y toreros en 1925*, Barcelona, 1925, págs. 130-132.